

tela gruesa, dos pares de medias, dos pañuelos de algodón y un abrigo de reserva. Además, algunos datos higiénicos acerca del temperamento particular de la niña montañesa; la recomendación de hacerle beber todas las mañanas una taza de buena leche caliente, en vista de que la niña tenía delicado el pecho..... y de llevarla por lo menos todos los domingos á misa, por ser esto de precepto y porque la niña quería mucho á Dios.

En todo este relato había cierta cosa que nos hizo saltar las lágrimas. José y yo no hacíamos sino llorar, y aun nuestro compañero el escribano.

En cuanto á Juanita, tenía el rostro lleno de lágrimas como una rosa después de la lluvia.

Pero así que se concluyó la lectura, no pudo contener mas el sentimiento que la estaba ahogando, y prorumpiendo en sollozos exclamó:

—¡Ah, mi querida mamá Magdalena!..... ¡Ah, del bondadoso señor párroco!..... han querido que yo los deje, pero mi corazón se ha quedado con ellos y se quedará siempre..... siempre.

Esforzámonos todos tres por consolar, tranquilizar y hacerle caricias á Juanita.

Pusímonos después á comentar la carta.

¿Cómo la viuda de Gausseman había podido saber el paradero de aquella niña? La niña lo ignoraba, y al presente era un secreto enterrado en el sepulcro. Pero todo el honor de semejante acción debía recaer en el tío Trajano quien sabedor indudablemente de la miseria de los padres de Juana y del nacimiento de esta, no teniendo hijos, se había propuesto adoptar á la huérfana, á cuya generosa idea debió oponerse su mujer. Mas acordándose de ella mas tarde y viéndose fastidiada, sola y sorprendida por esa necesidad de afectos, que en los últimos años suele ser el castigo de los seres faltos de corazón, había querido tener junto á sí á una compañera joven, acaso una criada sin salario, y escribió al punto al párroco saboyano, pero sin desistir de su avaricia para anticipar los gastos del viaje.

Juana llegaba demasiado tarde.

¿Se debía tener compasión de Juana, según los antecedentes que de la lujemburguesa teníamos?

Cuando precisamente nos hacíamos esta pregunta, el carruaje empezó de pronto á rodar sobre piedras, y era que llegábamos á Cremilly.

—Es mas abajo, nos dijo el escribano, en el otro extremo de la calle principal. Pero permítame vd., señor de Guérin, que le diga que ahora temo mucho respecto á su herencia.

—¿Y por qué?

—¿Se acuerda vd. de dos pliegos de papel sellado que la difunta vino á buscar á mi despacho?

—Bien, ¿y qué?

—Esto debía ser precisamente por la época en que se anunciaba la llegada de la sobrinita, y según calculo.....

—¿Será ella la heredera? añadió José. Pues sealo enhorabuena, tanto mejor..... señor escribano..... ¡Ah! ahora lo activaré yo todo..... en favor de Juanita.

Paróse en este instante el carruaje delante de una antigua puerta cochera, que se entreabría en medio de una larga y decrepita pared de color gris.

Sobre esta pared, cuyas grietas estaban todas llenas de musgo, se veía por todos lados tan espesa aglomeración

de ramaje, que hacía aquella mansion impenetrable á la vista, dándole además cierta misteriosa apariencia.

José fué el primero que entró, y nosotros lo seguimos.

A la derecha había una gran parra, sujeta en otro tiempo contra la casa inmediata, y que ahora estaba como tres cuartas desviada de la pared.

A la izquierda, y como separación del jardín, notábase difícilmente un gran emparrado de madera en forma de bóveda, cuyos listones apolillados, descoloridos y débiles se hundían con el pesado tropel de clemátidas, capuchinas y volubulis, que estaban entregadas á la loca exhuberancia de una completa libertad.

Un antiguo pozo, con los hierros comidos por el moho y con el brocal roto, servía, por decirlo así, de centinela avanzada á la casa, que aun cuando grande y bastante cómoda en otro tiempo, indicaba tal incuria y tal destrozo exterior, que parecía llevar muchos años de hallarse inhabitada y desierta.

La puerta, que en aquel momento se hallaba del todo abierta, nos facilitó el paso para un húmedo recibimiento, á cuya izquierda estaba la sala, accesible también á cualquiera que llegase.

Esta sala contrastaba sobremanera con cuanto hasta entonces habíamos visto. Existía en ella la vida y aun parecía estar cuidada con sumo esmero..... con el esmero de un avaro.

Mas tampoco había allí nadie.

Tuvimos, pues, tiempo para examinar el mueblaje.

La fecha de este era de la época del primer Imperio y acaso del Directorio.

El canapé, con cabezas de esfinges, y las dos grandes sillas curules de satén, con botones de oro y adornos egipcios; las demás sillas forradas del mismo modo, pero en forma de lira; el escritorio de forma cilíndrica, descansando en cuatro pies de fauno; la mesa redonda de galería, forrada de cobre; el reloj de bronce dorado, que representaba á Trajano mismo; todo esto, fuese griego ó romano, procedía evidentemente del almacén de la calle de Valois, incluso los dos grandes espejos con columnas corintias, á los cuales acompañaban cuatro de esos monumentales quinqués que por aquella época se estilaban entre los sastres.

—¡Qué bonito está esto! no pudo menos de decir Juanita.

Al ruido de esta voz, que fué la primera que turbó el silencio de la casa, contestó en la inmediata habitación un estornudo tan fuerte, que al principio nos quedamos todos tres asustados y en seguida nos echamos á reír.

El invisible individuo que de tal modo se daba á conocer, era el guarda de campo, que estaba cuidando los sellos.

Probablemente acababa de despertarse sobresaltado, y acudió corriendo, para examinar si todas las cintas puestas sobre los muebles y armarios conservaban los sellos perfectamente intactos.

Una vez cerciorado acerca de este particular, se dignó al cabo mirarnos, reconoció al escribano, haciéndole un grave saludo y guiñando hacia nosotros el ojo, preguntó como quien está muy al corriente en su fúnebre oficio.

—¿Estos caballeros son los parientes de la difunta señora?

El escribano, de un modo no menos solemne que el guarda campestre, bajó la cabeza en señal afirmativa.

—Pero..... repuso el guarda, indicando á Juanita, ¿pero esta niña saboyana?.....

—Es también parienta, interrumpió José, y según todas las probabilidades, la heredera universal.

—Tenga vd. la bondad de sentarse, señorita, dijo al punto el guarda campestre, acercando hacia Juanita una de aquellas magníficas sillas curules, que tanto le habían llamado la atención y en la que José la colocó triunfalmente.

Nosotros también nos sentamos.

—Aun no ha llegado el juez de paz, continuó el custodio de los sellos, que era el único que estaba de pie y en actitud adecuada á las circunstancias; si estos caballeros, ó bien esta señorita quisieran entretanto ver la casa...

—No hay para qué, respondió el escribano, porque de sobra tendremos después tiempo para examinarla, cuando sea preciso.

—Espero que estos caballeros quedarán satisfechos con el guarda, y que no lo olvidarán... ¿No quieren saber algunos pormenores?

—Acerca de mi tia... con mucho gusto; contestó José, díganos vd. en qué vino á parar.

El guarda campestre, después de estar pensando un momento, después de toser, escupir y tomar una actitud oratoria, respondió.

—¿En qué vino á parar, señores? en ser una vieja, muy flaca, muy brusca, y por extremo desconfiada. No obstante, su caudal, pues suponen que por todas partes hay dinero escondido en esta casa, jamás quiso que entrara un albañil á repararla, ni un jardinero que podase los árboles, ni una criada. Ella se arreglaba sola y cuidaba de su pucherito. Yo era el que cada dos días iba á comprarle sus provisiones, y allá en la cocina tenía ella un peso para rectificar cuanto yo le traía. Únicamente salía dos veces al año para ir á la ciudad á casa de su escribano, que era M.^{...}, y en estas ocasiones me quedaba yo de custodia en el pórtico, con terminante orden de no entrar en la casa, donde solo eran admitidas dos personas, el caballero Eclusettes y su señorita hermana, dos viejos por el mismo estilo, pero muy ricos, que regularmente venían todas las noches á jugar con ella al dominó. Este juego era la favorita pasión de la difunta, pero en vez de puesta de dinero, eran judías. He sabido que este mes último les había ella atrapado dos celemines, porque los señores Eclusettes, esperanzados sin duda en recoger su herencia, la dejaban siempre ganar. ¡Si aconteciera que ellos no estuviesen en el testamento! Si fuese como ayer estaban diciendo en el estanco, ¡qué chasco! Esperemos entretanto que los herederos serán otros... y que la difunta no les habrá dejado á éstos ni una blanca.

El digno guarda campestre, admirado con su propia necedad, se echó á reír.

—¿Pero como ha muerto? preguntó José.

—Como había vivido, caballero... sola, y sin tener ni aun un criado que le cerrara los ojos. Hace ya como un mes que, llegando una mañana para cumplir con mi oficio de proveedor, llamé según costumbre, á la puerta de afuera. Mas en esta ocasión no se abría el postigo, por donde ella asomaba primeramente su ojo gris. Dí voces y no tuve respuesta.—Indudablemente está durmiendo, dije para mí, y volví al anocheecer; pero advertí el mismo silencio. Llenéme entonces de recelo, y avisé al señor alcalde. Fué necesario forzar sucesivamente dos puertas, y nos encontramos á la señora de Gausseman tendida inmóvil en el suelo de la cocina, con la carne medio quemada en el hogar que estaba apagado.

Creyése al pronto que había habido un asesinato, pero el facultativo no tardó en reconocer que la difunta había sido atacada de apoplejía, en el instante mismo de inclinarse hacia la panatela, que para cenar estaba preparando, y que se había quedado seca en el cazo hacia el cual alargaba ella la mano derecha, en la que tenía asida una cucharilla. Si estos señores desean tener mas puntual noticia acerca de la posición del cadáver y ver el sitio donde nosotros lo levantamos...

—Gracias, dijo José, quien como los demás, quería zafarse cuanto antes de la triste y glacial influencia de aquella extraña casa, y de aquel relato, aun todavía mas extraño. Gracias, buen hombre... preferiríamos dar una vuelta por el jardín.

—Como vds. gusten, caballeros; allí encontrarán vds. á los otros herederos.

—Los otros herederos...! Andemos alerta, Juanita.

Y cogiendo de la mano á la niña saboyana, se dirigió José al otro extremo de la galería, donde ya estábamos el escribano y yo.

Hacia esta parte de la casa se hallaba el parterre, en el cual no vimos ni una sola flor, sino legumbres, cultivadas sin ninguna simetría, y en su mayor número sofocadas ya con las malas yerbas.

Mucho mas allá, hacia la izquierda había una especie de parque muy estenso. Su completo estado de abandono, pues no daba fruto alguno, lo hacía muy curioso y entretenido de ver.

Diez años habían transcurrido, sin que se hubiesen podido árboles ni arbustos, y su caprichosa vegetación se esplayaba á su sabor. Había inmenso baturrillo, un desordenado cúmulo de locos retoños y de libre ramaje, donde todas las especies se cruzaban y mezclaban, perdiéndose y dando vueltas en una especie de carnaval vegetal, en el que la madre selva, la vid silvestre, los grandes albohales, los rosales silvestres, la yedra y todas las demás plantas trepadoras que el viento siembra al acaso, habíanse multiplicado hasta lo infinito, escurriéndose dando vueltas por todas partes, y por todas partes colgaban sus entrelazados bejuco, sus florecientes guirnaldas. Vefanse allí tilos, que al parecer estaban cargados de rosas; acacias con racimos de uvas; avetos vestidos de blanco con las nevadas flores de sauco; grandes sicomoros cuajados de campanillas de mil colores; en resúmen, un verdadero bosque virgen.

A escepcion de Juanita, que saltaba por medio de aquel sombrío laberinto lo mismo que lo hubiera hecho una tierna cabra montés, todos nosotros teníamos gran dificultad para abrirnos paso; porque no había rastro de camino alguno, á no ser el principal; en el que la yerba subía hasta las rodillas.

Aquel camino iba á parar á un semicírculo cubierto todo de musgo, rodeado de los destrozados restos, verduscos y casi desconocidos de un ex-banco de piedra.

En uno de aquellos trozos estaban sentados dos individuos ó mas bien dos grandes caricaturas vivas, hablando al parecer con cierta animación agrídulce.

Aun antes que el escribano nos lo dijera, ya habíamos comprendido que aquellos serían el caballero Eclusettes y su hermana.

Eran idénticos á los personajes de las comedias de Picard. Levantáronse al llegar nosotros, y vinieron á cumpli-

mentar al escribano, el caballero con un gran saludo, y la hermana con una profunda reverencia.

—Estos señores son parientes de la difunta viuda de Gausseman, dijo el escribano, al presentarnos á los dos fieles jugadores de dominó, quienes al instante pusieron ceñudo gesto.

—Se ponen mohinos, dijo á media voz José.

—Se van, contesté yo en el mismo tono; porque el caballero Eclusettes y la hermana se marchaban ya con cierto aire severamente majestuoso.

Nosotros continuamos paseándonos.

Hundiase de repente el suelo con nuestras pisadas, y descubrimos una especie de abismo circular, en cuyas profundidades se divisaban anchurosas cavernas y galerías subterráneas, cerradas en varios puntos con hierros enmohecidos.

Era aquello un verdadero refugio de ladrones, una decoración de melodrama.

—Estas son antiguas canteras, nos dijo el tabelion, de donde se ha sacado para construir el palacio y ciudad de Fontainebleau.

Enseñándonos despues las elevadas chimeneas que coronaban aquellos alrededores, nos añadió:

—En otro tiempo debajo de ellas habia casas... un pueblo invisible.

José, y principalmente Juanita, quisieron bajar á aquellas canteras.

Allí esta bondadosa divinidad, que se llama naturaleza, se habia complacido en derramar profusamente sus mas pintorescos caprichos.

En cada uno de aquellos pozos multitud de arbustos habian brotado y crecido, buscando el sol. Notábase señaladamente un gigantesco plátano que, alzando su copa sobre la principal entrada, le formaba como una cúpula de verdor, en la estremidad de cuyas ramas colgaba toda clase de trepadoras guirnalda de floridos bejucos. Por todo lo largo de las paredes de la escavacion, hasta las profundidades de las cavernas, no habia sino yedra y mas yedra.

Despues de admirar aquel verdoso abismo, recorrimos algunas de sus galerías, encontrando en diversos puntos verdaderas viviendas, chimeneas y asientos tallados en la roca, y hasta inscripciones en las paredes. Ciertamente el escribano no se equivocaba, porque muchas generaciones humanas habian allí vivido.

—¡Qué lástima! me puse yo á pensar; ¡qué lástima que esta estraña posesion no haya sido conocida de Balzac!

En aquel mismo instante, al volver atrás nosotros, oímos estrepitosas voces.

—Sé lo que es, dijo riéndose el tabelion, sigan vds.

Bajo la sombra del viejo plátano, en el lugar desierto pocos momentos antes, vimos una de estas bandas de alemanes que vienen á Francia en la época de madurar los cereales, y que por esta razon se las llama las golondrinas de las mieses.

Eran como doce entre hombres, mujeres y niños, todos curtidos y fuertes, con idéntico cabello rubio claro, con idénticos ojos sencillos y azules.

A la entrada de la caverna tenian colocadas en pabellon sus hoces y falcas, y por todo alrededor los morrales de camino y camas de helecho daban á entender que habian elegido aquel punto para estar acampados durante todo el tiempo

de las faenas agrícolas, que por aquellas inmediaciones habian emprendido.

Hallábanse en aquel instante almorzando con tan buen apetito, que al parecer no advirtieron nuestra llegada. Apenas algunos de los niños nos vieron, mientras estaban comiendo un pedazo de pan duro.

Pero no pude dejar de preguntarle al escribano, —¿cómo es que esta gente ha podido establecerse aquí en una posesion cerrada con tapias?

—Están en su derecho, me respondió, son concurrentes á la herencia... la tribu de los Gausseman.

—¡Bah!

—Y también parientes de la difunta viuda, los únicos, los verdaderos parientes de Lujemburgo. Mientras vivió el segundo marido, en las emigraciones periódicas pasaban siempre por este pueblo, y su pariente Gausseman los obsequiaba aquí. La viuda, su parienta, porque tambien era Gausseman de apellido, no habia continuado aquella generosidad anual. Pero ya vienen de regreso, no menos puntuales á sus asuntos que á sus faenas, creyendo coger á un tiempo los granos del país y la herencia de la difunta.

—¡Imposible! exclamó José, de todo punto imposible... porque todo el caudal provenia de mi tio Bernabé Guerin.

—Tambien yo espero que la herencia recaerá en los Guerin. Sin embargo, el difunto Gausseman me habia encargado mucho de que, en caso de fallecer su mujer despues de él, escribiera yo al instante á sus parientes de Lujemburgo, lo cual he hecho segun era mi deber.

Apenas acababa de decir estas palabras, cuando de repente sonó la campana de la casa para llamarnos á todos.

Sin duda el juez de paz acababa de llegar, y el digno guarda campestre nos avisaba de aquel modo que se iban á romper los sellos.

—Este es el momento importante, Juanita, dijo José á su jóven protegida; que tengas buena suerte, hija mía.

—Se lo agradezco á vd., caballero; pero si para mí fuera todo, me parece que no le tocaria á vd. nada.

—¡Bah! dijo, yo soy rico.

Mientras decian estas palabras, habiamos salido de las canteras. Pero antes de alejarnos de ellas, quisimos de comun acuerdo dirigir la última mirada á la familia de los Gausseman.

Hombres y mujeres, y hasta los niños mas pequeños, hallábanse en aquel momento arrodillados en forma de círculo.

En medio de este el padre ó quizá el abuelo, que era un anciano de hermoso y sereno semblante, era el único que de pié estaba, con la Biblia en la mano y los ojos alzados al cielo, en ademan de suplicarle que bendijera en aquella ocasion su numerosa descendencia.

En este cuadro, que se hallaba iluminado con un rayo oblicuo del sol, habia cierta cosa sencilla, tierna y patriarcal.

—¡Ah! dijo Juanita con encantadora conmocion, estos quieren mucho á Dios; es gente honrada.

Concluida la súplica, siguiendo nuestros pasos se puso en movimiento toda la tribu de Gausseman, guiada por su patriarca.

La campana continuaba sonando, y en sus ásperos acenos tan prolongadamente enronquecidos con el silencio y con el moho, advertíase como una acerba y lamentable voz que se impacientaba, como la voz de la difunta misma.

Siguiendo al escribano, nos apresurábamos á llegar por medio de un camino mas corto y mas espedito, que habia alrededor de las tapias.

Como á la mitad de estas, vimos una puertecita que caia al campo, y que por la parte del jardin conservaba los medio borrados colores de una gigantesca y antigua figura.

Y acercándose mas José, no pudo contener un grito de sorpresa mezclado con cierto cariño.

Aquella era la antigua muestra de la esquina de la calle de Valois: *el triunfo de Trajano*, la gloria de su tio Bernabé Guerin.

Gausseman, el irreverente Gausseman habia hecho de ella una puerta para el jardin.

Este último rasgo fué el remate de la conducta de aquél.

Mientras tanto habíamos llegado y estábamos todos en la sala, incluso el caballero Eclusettes y su hermana, la tribu de Gausseman toda completa, el juez de paz con el escribano, un escribiente de éste y el guarda campestre, que se hallaba en actitud orgullosa é importante.

Despues del preámbulo de costumbre y al ir á romper el primer sello, levantóse con gravedad el mas anciano lujemburgués y entregó al juez de paz dos documentos, que con los muchos años se habian puesto amarillos.

Hubo entonces cierta primera sensacion en todos los que no tenian el apellido Gausseman.

Examinó aquellos documentos el juez de paz, y los resumió en alta voz.

El primero era una donacion en toda regla hecha por



—Caballeros, no me hagan vds. daño.

Bernabé Guerin, de todos sus bienes á favor de su esposa Gertrudis Gausseman.

El segundo era la escritura del casamiento de la mencionada Gertrudis Gausseman, viuda de Guerin, con su pariente Conrado Gausseman; escritura en virtud de la cual sin reserva alguna se cedian mutuamente, á favor del último que sobreviviera, no solo cuanto en aquella fecha tenian, sino las ulteriores adquisiciones.

—Estos papeles son de cierta importancia; dijo el juez de paz, y me parece que estas escrituras se hallan debidamente hechas. ¿Quién se las ha remitido á vd., buen hombre?

—Nuestro mismo pariente, Conrado, hace mas de diez años; respondió, ó mejor dicho, chapurreó el viejo alemán, y como su mujer tambien se llamaba Gausseman, parienta nuestra, á nosotros nos corresponde la herencia.

—Si no hay testamento, dijo el escribano.

—¿Tiene vd. alguno? preguntó el juez de paz.

—No señor; pero todo me induce á creer que debe aquí haberlo.

—Busquémoslo, señores, dijo el magistrado; busquémoslo.

Volviéron en seguida á abrir el escritorio, y solamente

contenia papeles sin importancia, muchos andrajos y algunos antiguos botes con ungüentos y frasquillos con medicinas.

Lo mismo aconteció en las gabetas de la mesa redonda y en los armarios de la sala.

Esta primera pesquisa no dejó, sin embargo, de ser muy interesante, sobre todo por ofrecer la particularidad de muchos paquetitos, de pequeños rollos, envueltos cuidadosamente en un pedazo de periódico ó en un harapo, sujetos siempre con un alfiler, y en los que unas veces no solian en-

contrarse sino frioleras de ningun valor, y otras antiguas alhajas, monedas de oro y aun billetes de banco.

En una calceta vieja, que estaba enrollada y sujeta tambien con alfiler como lo demás, se hallaron diez billetes de banco de á mil francos cada uno.

—¡Cuando yo decia que habia aquí tesoros! exclamó en tono triunfante el guarda campestre.

A escepcion de Juanita, quien tanto por la fatiga del camino, como por la indiferencia, se habia quedado dormida en uno de aquellos grandes sillones, todos los demás empe-



El abuelo era el único que de pie estaba con la Biblia en la mano y los ojos alzados al cielo.

zábamos á estimularnos y á escudriñar ardientemente aquella estraña California.

—Nada hay ya en la sala, señores, dijo el juez de paz; visitemos las demás piezas del piso bajo.

Cuatro eran estas, inclusa la cocina.

En todas partes, hasta en los cazos viejos que no estaban útiles, hasta en el fondo de las cacerolas de cobre que desde muchísimo tiempo no habian servido sino para aquel uso, se encontraban cubiertos de plata liados de la misma manera, sumas y valores de toda clase.

Muy en breve, nada mas que por lo que hace al piso bajo,

ascendieron próximamente á la cantidad de quince mil escudos.

Mas en parte ninguna se encontraba el testamento.

—Uno debe haber, repetia con obstinacion el escribano. ¿Dónde están, si no, los dos pliegos de papel sellado que la difunta fué á mi despacho á pedirme y que yo mismo le entregué?.....

—¡Y que nosotros hemos tenido en la mano mi hermana y yo! añadió el ansioso caballero Eclusettes. Lo afirmo y lo juro por el nombre de mis antepasados..... Nosotros somos los que dimos á la viuda ese consejo..... Cien veces nos los

enseñó, prometiéndonos formalmente el hacer en ellos mencion de nosotros..... ¡Los necesitamos, los necesitamos!

Y este otro marqués de Caravaca, menos en las posesiones y en los vestidos con galones de oro, temblaba, jadeaba y rechinaba los dientes como un viejo cascanueces epiléptico.

En cuanto á la hermana,—otra marquesa de la Pindonga de las mas destrozadas y estrambóticas,—ya se ponía amarilla, ya verde, pero siempre secamente digna, y para corroborar el aserto del hermano, repetía á cada paso con afectada voz:

—Ella nos lo dijo..... Le habíamos visto ese papel..... Nosotros le aconsejamos eso.....

—¡Quiera Dios, dijo al fin José, que tenga yo que darles á vds. las gracias..... de parte de Juanita!

—Con vd. no estamos hablando, replicó irritado el caballero.

Y sin haberlo conocido José, le hicieron ambos un gesto. En este instante subíamos la escalera.

Por todo alrededor de la gran meseta, que servía de antesala al primer piso, había grandes armarios con pasadores dobles.

Su contenido fué divertido en extremo.

Había en uno retazos de tela desde 1820 y toda clase de vestidos, cuyo corte indicaba por lo menos la misma fecha: pantalones de piel de gamo ó de seda; trajes de mangas perdidas con desmesuradas bocamangas; levitas y gabanes de colores claros; carriques blancuzcos con tres esclavinas; un uniforme completo de guardia de corps y un gran vestido de ceremonia de par de Francia; en resumen, todos los residuos del almacén en general y de la revolucion de julio en particular.

Otro armario contenía los antiguos libros de la casa, llevados con ortografía difícilísima de leer, pero que manifestaban lo escogida que había sido la clientela. Existían, además, muchas cartas, en su mayor parte solicitando mas amplio crédito, firmadas algunas de ellas por personas que en aquel baturrillo hacían muy triste papel. Había verdaderos autógrafos por extremo curiosos; una parte entera de la historia de la Restauración y la completa serie de curiosas revelaciones acerca de los personajes de aquella época existía en poder de aquel sastre. ¡Si se hubieran publicado estas Memorias!

Mas retirado estaba un montón de antiguos periódicos: *La Bandera blanca*, *La Tribuna*, *La Gaceta de Francia* y los primeros números del *Constitucional*, entonces de tamaño tan reducido como todos los otros. Además, *El Mercurio de la moda*, *El Correo de los teatros*, muchos folletos y dibujos, algunos de ellos dignos de figurar en la colección de un aficionado.

Llegó despues el exámen de la interminable letanía de objetos reformados, arrugados y desfigurados por el moho y por el tiempo. Baste decir que en aquella casa no se había perdido, ni dado, ni tirado cosa alguna, y todo cuanto en algun tiempo había estado de uso constaba en el inventario.

Y en todas partes, entre las hojas de los libros de asiento, en los dobleces de las telas comidas por la polilla; en los paquetes de periódicos y hasta en un paraguas fósil, había ocultas pequeñas cantidades, paquetes de napoleones ó billetes del banco, que muy pronto, según el cálculo del guar-

da campestre, ascendieron á la suma de mas de cien mil francos.

Mas aun no parecía el testamento.

—Miren vds. al caballero Seis-doble y á la señorita Ficha-blanca, nos dijo el escribano; pues así es como aquí llaman á estos dos ilustres aficionados al noble juego del dominó.

Lo cierto es, que se estaban poniendo como hidrófobos, cuando despues de haber examinado las diferentes habitaciones del primer piso, entramos, por último en el *santa sanctorum*, en el cuarto de dormir de la difunta.

Aquí fué donde en la cómoda de panzudos cajones, en el escritorio de palo de rosa, en la mesa de labor con un bolsón de seda verde, y entre el guardarropa grotescamente antdiluviano de aquella loca vieja, se multiplicaron infinitamente los paquetitos y pequeños lios, los hallazgos y las sorpresas.

Halláronse, en fin, entre las plumas de la almohada algunos diamantes, misteriosos compañeros de su sueños.

A vista de ellos las antiparras de la señorita Eclusettes lanzaron un rayo de codicia, y el hermano se puso dar saltitos por la habitación, ni mas ni menos que si estuviese andando sobre abrasadoras ascuas.

Mas de repente paráronse todos, quedando inmóviles.

En la última gabeta que por casualidad había yo abierto, en la gabeta de la mesa de cabecera,—con perdón de ustedes, como hubiera dicho un amigo mio de Villerville,—acababa yo de descubrir un gran lio no cerrado, en el cual se divisaban los dos famosos pliegos de papel sellado. Como rótulo estaban escritas encima estas cuatro palabras mágicas:

Este es mi testamento.

—¡Dominó! exclamó el caballero Seis-doble, empenándose por cogérmelo.

Pero se lo entregué al escribano.

Todos los Guasseman se habían puesto pálidos.

El patriarca lujemburgués les señaló con la mano el cielo, como para decirles:

—Pongamos en él nuestra última esperanza y sometámonos sin murmurar á su fallo.

Este grupo, cuya tranquila resignación era interesantísima, completaba de admirable manera todo aquel cuadro.

Reinó profundo silencio, durante el cual oíanse latir los corazones de todos.

El escribano sacó de la funda los papeles, desliólos, cogiendo separadamente cada uno en su mano y lleno de estupor estuvo mirándolos... volviéndolos, por último, hacía nosotros, manifestó que ambos pliegos estaban en blanco.

La difunta no había tenido tiempo para escribir su última voluntad, la herencia, por tanto, recaía en los Gausseman.

—¡De rodillas, mandó con gravedad el abuelo, de rodillas, hijos míos, y demos gracias á Dios!

Los hermanos Eclusettes protestaron con un aullido de cólera.

José parecía estar tambien furioso, no por él, sino por Juanita.

Además, la fortuna que pasaba á poder de los extranjeros era la que había reunido su tío Bernabé, y que legítimamente debía venir á parar á los Guerin.

—Quizá existe el testamento en algun papel suelto, dijo

José, quizá está escondido en alguno de esos viejos oropeles... Busquémoslo... sigamos buscándolo.

—Sí, sí, contestaron con aplauso ambos Eclusettes.

Pero creyendo sin duda encontrar en otra parte mejor suerte que en la alcoba de la difunta, desaparecieron estos dos estafermos.

Habiendo el juez de paz hecho una seña, bajaron al piso inferior los herederos, el escribano con su escribiente y el guarda de campo.

Quedámonos solos José y yo, y armado al punto cada uno con un cortaplumas, nos pusimos á destrozar furiosamente todos los harapos esparcidos sobre la cama, sobre el suelo y sobre los muebles.

Mas ¡ay! nada descubrimos que enriquecer pudiera á nuestra querida niña saboyana; y únicamente en la infladísima manga de una ex-bata de color rosa habia una última cantidad de cien mil francos en acciones del banco de Francia, al portador.

—Gran lote es, dije yo aturrido, ¿se lo ocultamos en la gaita de Juanita?

—Eso piensas? me replicó con severidad el honrado José.

Y se dió prisa para reunirse con el juez de paz y entregarle aquella gran suma, que con mucha facilidad hubiera podido reservarse, y que lealmente restituía á los Gausseman, diciéndoles con voz casi risueña:

—Aquí tienen vds., señores, esta cantidad mas que les pertenece.

En aquel mismo momento volvian por la otra parte los hermanos Eclusettes.

Su consternado semblante y su abatido aire denotaban en gran manera que su última pesquisa habia sido inútil.

—Están así sintiendo sus judías, me dijo al oído el guarda campestre.

Respecto á la infeliz Juanita, aun no se habia despertado; continuaba durmiendo con encantador sueño.

—¿Qué va á ser de ella? le pregunté á José,

—A fé mia, me respondió, que esta se viene con nosotros. Es mi parte en la sucesion de mi tío Trajano; es una herencia del mismo género que la de mi tia Francisca. Mi hijo Estanislao se alegrará mucho... ¡ya tiene una hermana!

IV.

EPILOGO.

No les diré á vds. qué se han hecho los hermanos Eclusettes, ni si al lado de alguna ricachona conocida suya renuevan su pasion al dominó ó á cualquier otro juego.

En cuanto á los Gausseman, despues de haber demolido piedra á piedra la casa hasta sus cimientos y escudriñado por todo alrededor el suelo, lo mismo que si fuera un placer californiano, habian regresado muy satisfechos á su pueblo. ¡Hágalos felices la fortuna... porque al cabo eran personas honradas!

A favor de los desvelos del bondadoso José, Juanita se ha trasformado completamente, haciéndose la jóven mas encantadora y mas graciosa que yo conozco.

Tanto y en tal extremo, que lo mas hace un mes, que en la alcaldía del tercer distrito se celebró el casamiento de la señorita Juana Guérin con el jóven conde Estanislao Bachriany.

Al regresar de la iglesia y cuando todos los amigos reunidos en casa del párroco estaban aun con los ojos anegados en lágrimas, les dijo José á sus hijos:

—Yo soy rico y muy probablemente mi caudal será de ustedes algun dia. Pero sepan entretanto que el único padre, el único tío en cuya herencia hay verdaderamente derecho conque contar, es el que se llama trabajo.

ACADEMIA INSTITUIDA POR CARLO-MAGNO.

El emperador Carlo-Magno, con un ardor y una perseverancia admirable, animó en medio de sus grandes y prodigiosas conquistas, las ciencias en aquella época de oscuridad y de barbarie. Se rodeó de sábios y formó con ellos una academia. El mas célebre de estos doctos era Alcuino, que figura en un documento que vamos á reproducir aquí, y es un interrogatorio ó cuestionario muy curioso, donde se puede ver el estado de los conocimientos y de las ideas de aquel entonces. Sin embargo, al estudiar con cuidado las famosas Capitulares de Carlo-Magno se encuentra que este emperador era un hombre muy superior á sus académicos; tal vez por eso mismo tenia gusto de preguntar en persona en los exámenes á los niños de sus escuelas. Vean aquí nuestros lectores, salvo aquellas pequeñas supresiones que hemos creído útil verificar, este interrogatorio ó cuestionario. Se verificó entre el príncipe Pipino, que debia un dia ceñir la corona de su padre Carlo-Magno, y su preceptor Alcuino en cuyas obras se halla inserto, tomo II, pág. 352 y siguientes.

El príncipe preguntaba á su sábio maestro, el cual iba satisfaciendo todas sus preguntas.

- PRINCIPE. ¿Qué es la escritura?
ALCUINO. La guarda de la historia.
PRINC. ¿Qué es la palabra?
ALC. El intérprete del alma.
PRINC. ¿Qué es lo que da nacimiento á la palabra?
ALC. La lengua.
PRINC. ¿Qué es la lengua?
ALC. El azote del aire.
PRINC. ¿Qué es el aire?
ALC. El conservador de la vida.
PRINC. ¿Qué es la vida?
ALC. Un goce para los fieles, un dolor para los miserables; la antesala de la muerte.
PRINC. ¿Qué es la muerte?
ALC. Un suceso inevitable, un objeto de lloro para los vivos, de confirmacion de los testamentos, y el ladrón de los hombres.
PRINC. ¿Qué es el hombre?
ALC. El esclavo de la muerte, un viajero que pasa huésped en su morada.
PRINC. ¿Cómo está colocado el hombre?
ALC. Como una linterna espuesta al viento.
PRINC. ¿Dónde está colocado?
ALC. Entre seis paredes.
PRINC. ¿Cuáles son?
ALC. La de encima, la de abajo, de delante, la de atrás, la de la derecha y la de la izquierda.

PRINC. ¿Qué es sueño?
 ALC. La imagen de la muerte.
 PRINC. ¿Qué es la libertad?
 ALC. La inocencia.
 PRINC. ¿Qué es la cabeza?
 ALC. El remate del cuerpo.
 PRINC. ¿Qué es el cuerpo?
 ALC. La mansion del alma.
 PRINC. ¿Qué es el cielo?
 ALC. Una atmósfera movable y una bóveda inmensa.
 PRINC. ¿Qué es la luz?
 ALC. La antorcha de todas las cosas.
 PRINC. ¿Qué es el día?
 ALC. Una provocacion al trabajo.
 PRINC. ¿Qué es el sol?
 ALC. El esplendor del universo el baluarte del firmamento, la gloria del día, el distribuidor de las horas.....
 PRINC. ¿Qué es la tierra?
 ALC. La madre de todos los seres, la nodriza de todo cuanto existe, el granero de la vida, el abismo que lo devora todo.
 PRINC. ¿Qué es el mar?
 ALC. El camino de los audaces, la frontera de la tierra, el paradero de los rios, el manantial de las lluvias.
 PRINC. ¿Qué es el invierno?
 ALC. El destierro del verano.
 PRINC. ¿Qué es la primavera?
 ALC. El pintor de la tierra.
 PRINC. ¿Qué es el verano?
 ALC. El poder que viste la tierra y madura los frutos.
 PRINC. ¿Qué es el otoño?
 ALC. El granero del año.
 PRINC. ¿Qué es el año?
 ALC. La cuádriga ó coche del mundo.
 PRINC. Maestro, ¿qué es un buque?
 ALC. Una casa errante, una posada por todas partes, un viajero que no deja huella en pos de sí.....
 PRINC. ¿Qué es lo que hace las cosas dulces ó amargas?
 ALC. El hambre.
 PRINC. ¿De qué no se cansa el hombre nunca?
 ALC. De ganar.
 PRINC. ¿Cuál es el sueño de los que están despiertos?
 ALC. La esperanza.
 PRINC. ¿Qué es la esperanza?
 ALC. El refresco del trabajo.
 PRINC. ¿Qué es la amistad?
 ALC. La consonancia de las almas.
 PRINC. ¿Qué es la fé?
 ALC. La certidumbre de cosas ignoradas y maravillosas.
 PRINC. ¿Qué es lo maravilloso?
 ALC. Yo he visto un hombre de pié al revés; un muerto andando y que jamás ha existido.
 PRINC. ¿Cómo puede ser eso? Esplicádmelo, maestro.
 ALC. Una imagen en el agua.
 PRINC. ¿Por qué no he comprendido yo eso habiendo visto tantas veces una cosa semejante?
 ALC. Como sois un jóven de buen carácter y dotado de talento natural, os propondré otras muchas co-

sas extraordinarias. Tratad si podeis de descubrirlas vos mismo.

PRINC. Si me equivoco, corregidme.
 ALC. Lo haré.—Uno que me es desconocido ha hablado conmigo sin lengua ni voz; no existía antes, no existirá tampoco despues, y yo no le he oido ni conocido.
 PRINC. Un sueño que os agitaba tal vez.
 ALC. Precisamente, hijo mío. Escuchadme todavía. Yo he visto los muertos engendrar el vivo, y los muertos han sido consumidos por el soplo del vivo.
 PRINC. El fuego que nace del frote de dos ramas secas y que consume las ramas.
 ALC. Es verdad..... ¿Qué es un mensajero mudo?
 PRINC. El que yo tengo en la mano.
 ALC. ¿Qué es?
 PRINC. Una carta.

Estas conversaciones estrañas, que serian de enseñanza, son como síntoma y principio del movimiento intelectual muy digno de notarse; ellas comprueban esa ávida curiosidad con la que el talento jóven é ignorante se dirige á todas las cosas; ese placer tan vivo que produce toda combinacion inesperada, toda idea un poco ingeniosa; disposicion que se manifiesta en la vida de los individuos como en la de los pueblos y que produce, ora los sueños mas estrambóticos ó extraordinarios, ora las mas vanas sutilezas. Dominaba sin duda alguna en el palacio de Carlo-Magno este sistema, y la singular conversacion de Pipino y Alcuino es una muestra de lo que pasaba frecuentemente con grande gusto y alegría entre aquellos talentos semibárbaros y semicivilizados de la edad media.

EL CONDE DE FABRAQUER.

SANTA CATALINA, VIRGEN Y MARTIR.

HISTORIA, LEYENDA, ARQUEOLOGÍA.

Era el año 307 de Jesucristo. El imperio romano contaba entonces seis dueños. Todavía vivía Diocleciano, aunque habia abdicado el imperio y vivía retirado en sus jardines de Tesalónica. Licinio, Maximiano, Herculio, Maximino, Majencio y Constantino se habian dividido el imperio. A escepcion de este último y de Licinio, todos perseguían á los cristianos con una atroz barbarie. El horrendo Maximino desolaba una parte del Oriente y del Egipto: supersticioso como muchas gentes que no tienen fé; entregado al vino, que le producía accesos de furor, sumergido hasta un grado indecible en el libertinaje, digno en todo de ser el enemigo de la religion cristiana. En su avidez agobiaba con horribles exacciones á las provincias, y reducía á la miseria á los hombres mas habituados á servirse de las riquezas. No pasaba por ciudad alguna sin llevar el deshonor al seno de alguna familia. Muchas mujeres se mataron para evitar el oprobio y el insulto. Muchos hombres ofendidos y ultrajados se arrancaron una vida que les era insoportable. En su lubricidad monstruosa nada respetaba. No perdona ni á la misma emperatriz Valeria, hija de Diocleciano y viuda de